

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 421

Barcelona, 29 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**La guerra
totalitaria sólo
se ha podido**

**cocer en un cerebro
oscuro y espeso, ce-
rebro que calcula a
ojo y piensa a tientas.
Es una ocurrencia tí-
picamente alemana.**

OPINIONES

La guerra totalitaria

Yo, personalmente, admiro mucho a Maquiavelo. Me gusta imaginarme el cerebro del secretario florentino como uno de esos relojes montados con la maquinaria al desnudo, dentro de una campana de cristal. Así de preciso, de claro y de lúcido. No hay en él velos, ni sombras, ni retrasos. Economía, eficacia y buen sentido son los motores de sus ruedas. «El Príncipe» es un libro purísimo que tiene la exactitud matemática de un resorte de acero. ¿Brutal? ¿Despiadado? Sin duda. Tan brutal y despiadado como pueda serlo una ametralladora, es la política convertida en ciencia abstracta, hecha de fórmulas algebraicas. Pero a Maquiavelo, autor de «El Príncipe», no se le hubiera ocurrido nunca la idea de la guerra totalitaria. Era demasiado inteligente. La guerra totalitaria sólo se ha podido cocer en un cerebro oscuro y espeso, cerebro que calcula a ojo y piensa a tientas. Es una ocurrencia típicamente alemana. Alemania es un país lleno de nieblas mentales alucinadoras. Sus grandes cumbres—Goethe, Kant, Schiller, Nietzsche, Beethoven—dejan la niebla abajo y son tan bellas, luminosas y soleadas como las que más lo sean en otras latitudes; pero las cabezas germanas que no logran romper, genialmente, el techo brumoso, viven toda la vida entre fantasmas y espejismos. Con la voluntad de buscar el sol y sin instinto que los guíe, a veces, dan el error de buscarlo en las entrañas de la tierra abriendo pozos en ella, y cuanto más ahinco ponen, más se ciegan. De una de estas cabezas ha salido la guerra totalitaria, idea antimachiavelica porque, además de una monstruosidad moral, es una estupidez ineficaz.

Nos ha correspondido a los españoles la desgracia de demostrar su inanidad. La guerra totalitaria se basa sobre dos supuestos absolutamente gratuitos: primero, que la retaguardia que se pretende aterrorizar, se aterrorice; segundo, que el enemigo carezca de medios para replicar a la agresión, ya con defensas antiaéreas—«cazas» y cañones—suficientes, ya volviendo la oración por pasiva. Parece que estos dos supuestos se dieron en Abisinia. Los teóricos se frotaron las manos. Sus cálculos eran perfectos. El desmoronamiento de Etiopía fué fulminante y, sin duda, debido a la inhumanidad de los procedimientos italianos. Visto y no visto. Hoy es posible que los invasores comiencen a pensar que la llama muy fuerte quema, pero no asa la carne. Una penetración más lenta—Maquiavelo la hubiera recomendado—con medios más humanos, con margen para el juego de la inteligencia política, hubiese, quizás, alcanzado hasta las raíces que en estos días rebrotan. Las cenizas de la hojarasca abrasada por los rayos súbitos de las bombas, han servido de abono y no de sudario.

Después de Abisinia, le llegó a España la vez de ser campo de la experiencia bárbara. En ella estamos. Pero aquí ha fallado por completo el primero de los dos supuestos, y si sólo en parte el segundo, no ha sido culpa nuestra. La retaguardia hispana no se ha mostrado dispuesta a dejarse aterrorizar. Los pueblos españoles han recibido los aluviones de metralla bien con el gesto desdenoso y burlón de Madrid, o bien con el mutismo feroz de Sagunto, o bien con el estremecimiento nervioso de Barcelona; tres maneras temperamentales de reaccionar que tienen un denominador común: estoicismo resuelto. No se nos ponga el ejemplo de esos pueblos como Guernica, que han desaparecido del nomenclátor porque sería acusar de vacilante, porque muere, al soldado que muere en la trinchera de cara al enemigo. Estamos hablando del terror como ayuda de desmoralización en la guerra totalitaria. En España ha fracasado. No ha fracasado la brutalidad destructiva, que es el otro principio en que el sistema se apoya, por falta de medios defensivos y contraofensivos; pero esto vaya a la cuenta de las naciones que tenían el deber jurídico, moral y político, de no dejarnos desamparados y nos han desamparado. Si la desproporción de elementos bélicos que ha existido, y existe, en la guerra española a favor de los rebeldes, se hubiera medido no en aviones y tanques, sino en fusiles de chispa y bombardas contra cuchillos y hachas de piedra, el resultado hubiera sido el mismo. Y no se podría decir que era la guerra totalitaria. No. Esta, en lo que tiene de específico, ha fracasado, dentro de lo posible, en el suelo español, por el temple magnífico de la raza. Con armas bastantes para oponer a la agresión algo más que los pechos y el temple, los rebeldes y sus aliados hubieran padecido sobre sí mismos la brutalidad que nos era exclusivamente destinada. Esto que no ha ocurrido—y puede y debe todavía ocurrir—entre nosotros, ocurrirá necesariamente el día de un choque entre dos naciones militarmente parejas, con la ventaja para el replicante, de la asistencia moral que aporta la legítima defensa.

España ha deshecho un mito y ha mostrado un ejemplo de conducta a las naciones aterrorizadas de antemano: una más de las muchas cosas que Europa nos tiene que agradecer y que, por mucho que haga para corresponder a ellas, siempre quedará en descubierta. Tan larga es la factura que con sangre vamos escribiendo.

Paulino MASIP

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

La conservación de los tesoros del arte español

Acaba de publicarse un álbum que pretende revelarnos el martirio de las obras de arte de España durante la guerra civil. Su prefacio, sin firma, nos advierte que el centenar de documentos que se nos presenta, fueron reunidos por los servicios fotográficos de Salamanca en las zonas actualmente en poder de los ejércitos nacionalistas y seleccionados entre más de 500 procedentes de catorce provincias.

Evidentemente, no tratan de engañarnos: son partidistas y lo dicen sin ambages; pero ello no

quita que sea imposible admitir esta franqueza, pues tergiversa demasiado burdamente a los franceses la verdad.

En primer término, importa subrayar que las obras que nos presentan no fueron deterioradas sino al comienzo de la revolución, y que los destrozos fueron casi siempre cometidos por individuos aislados y por grupos no sometidos a ninguna dirección.

Además, cuando observamos más atentamente la selección de fotografías que se nos muestra, nos damos cuenta de que se hi-

zo más pensando en el «máximo de horror»—imágenes con los ojos arrancados y los miembros rotos, y pinturas laceradas—que en el valor artístico de las obras. Muchas de ellas no son obras maestras.

Sin duda, la destrucción total de un Roger Van der Weyden constituye una pérdida irreparable; pero el retrato del cardenal Tavera, del Greco, puede perfectamente separarse. Por otra parte, se nos muestra un retrato de Colón—monasterio de la Rábida—cortado en X; pero no se

El comercio anglo-español

(Carta al Director de «The Times»)

Señor:

En su edición de hoy, Mr. Loveday hace la siguiente afirmación: «En la España gubernamental, todos los negocios británicos han sido enteramente confiscados, incluyendo sus cuentas en los Bancos, sin compensación de ninguna clase, y puestos a disposición de los soviets o comités de obreros».

Esto podría dejarse pasar si Mr. Loveday no continuara diciendo: «Estas manifestaciones no responden a una opinión, sino a hechos concretos, y no vacilo en decir que no habrá ningún hombre de negocios inglés que tenga participación en el comercio angloespañol, ya resida en España o en Inglaterra, que no confirme lo que escribo...»

La compañía que dirijo, concesionaria del puerto de Gandía, de la España gubernamental, no ha sufrido ni confiscación ni pérdida de sus cuentas en los Bancos. Tampoco le ha sido impuesto ningún comité de obreros. Mi representante en España, si bien tropieza con dificultades a causa de la guerra, no tiene la menor queja de las autoridades, cuya intervención ha sido mínima. Hasta ahora, la propiedad de la empresa y el derecho a dirigirla han sido plenamente reconocidos.

De usted atto.

Firmado: P. L. Fleming
(director de la Compañía
Alcoy and Gandia Harbour Ltd.)
117, Old Broad Street
Londres, E. C. 2.

Marzo, 21-III-1938.

(«The Times», 24-III-1938.)

nos dice nada de la pila bautismal de Cervantes, conservada hasta entonces en la iglesia de Santa María, que fué destruída por los fascistas.

Observamos que la mayor parte de estos destrozos fueron cometidos en iglesias de pueblos o aldeas, difícilmente defendibles contra la ira popular, en tanto que no se puede mirar sin horror al plano del Museo del Prado, que muestra los puntos en que cayeron las bombas explosivas lanzadas durante un bombardeo aéreo por una escuadrilla franquista: la sala de Goya, la de Velázquez, una de las dedicadas a la pintura italiana y algunas otras fueron alcanzadas por la metralla. El lanzamiento preliminar de bengalas demuestra que semejante atentado era sistemático. Afortunadamente, la mayor parte de las obras maestras habían sido evacuadas y las que no se habían podido transportar, estaban protegidas por sacos de arena. Aun podíamos citar las bombas arrojadas en noviembre de 1936 sobre la Biblioteca Nacional, de Madrid. Los incunables, los manuscritos y los grabados, por fortuna a salvo, escaparon esa noche a una destrucción cierta. Y no podemos ver sin que se nos encoja el corazón las ruinas del Palacio del Infantado, en Guadalajara, monumento único y precioso, literalmente asesinado por la aviación de Salamanca. ¿Tienen derecho, después de todos estos atentados, a llamarse defensores de una civilización y de una cultura?

Por otra parte, la casuística es un arma difícil de manejar y ha llevado al redactor de la introducción a una curiosa confesión

inconsciente: estableciendo un sutil distinguo entre la guerra y la revolución, evoca todas las obras de arte mutiladas, cuyas reproducciones se nos muestran en las páginas siguientes, las cuales fueron a menudo encontradas entre «paredes que no tenían el menor impacto de obús o de fusilería», lo cual permite «darse cuenta de que la guerra no es la revolución y de que ésta es la única responsable». ¿Y quién se ha rebelado? ¿Los «rojos», como ellos dicen, o Franco? Yo estimo que, en efecto, es la revolución la única causa de tales destrozos. Pero hay que precisar el punto de partida de esta revolución... y no tratar de hacernos creer que son los gubernamentales los que se han rebelado.

Tan pronto como el Gobierno pudo hacerlo, estableció metódicamente todo un sistema de conservación y salvamento de los tesoros artísticos. Hasta podemos decir que las fechorías de los primeros momentos fueron cortadas casi inmediatamente. La primera Junta de salvaguardia contra los riesgos de la guerra fué creada por el Gobierno español exactamente una semana después del comienzo de la insurrección. Pero es evidente que se produce menos efecto enseñando obras intactas que obras mutiladas: un álbum de obras «conservadas» no ofrecería ninguna visión conmovedora. El servicio de propaganda de Franco dispone, pues, de un arma eficaz para excitar nuestra sensibilidad. Pero ahí están, irrefutables, buen número de testimonios.

Tomemos, por ejemplo, el folleto, publicado en Londres, en

(Continúa en la pág. siguiente.)

que sir Frederic Kenyon, director del British Museum, y M. James G. Mann, conservador del museo Wallace, relatan su visita a los diferentes museos gubernamentales y dan detalles muy precisos sobre las medidas de protección de los lienzos del Prado, las colecciones del duque de Alba y las pinturas depositadas en Valencia. La autoridad y la imparcialidad de estos dos conservadores no pueden ponerse en duda, así como tampoco la autenticidad de las afirmaciones de don José Renau, profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes de la República española, el cual, en un artículo de la «Revue Mousseion» (editado por el Instituto de cooperación intelectual, es decir, la Sociedad de Naciones) explica técnicamente la organización de la defensa de los tesoros artísticos e históricos españoles durante la guerra civil.

Cuenta, primeramente, cuál fué la labor de las Juntas, cuyo programa fué fijado desde el primer día, y su actividad, determinada y regularizada por una serie de decretos sucesivos. La misión de estas Juntas, que estaban compuestas por profesores de historia del arte, por críticos calificados y por artistas, fué, en primer lugar, la de hacer el inventario de las colecciones particulares (civiles o eclesiásticas) que se hallaban en locales ocupados, para proceder luego al traslado de las obras interesantes a sitio seguro, pensando en incorporarlas más tarde a los bienes nacionales. Al propietario o a su representante se le entregaba un recibo. El duplicado de éste se enviaba a la administración de Bellas Artes y el triplicado se guardaba en los archivos de la Junta. Con semejante organización administrativa, resulta imposible hablar de robo.

Por otra parte, la Dirección general de Bellas Artes ha hecho editar y distribuir, a centenas de millares, folletos y carteles de propaganda, con el fin de que las masas adquieran conciencia de sus deberes para con las obras de arte. Con el mismo fin, los alumnos de las escuelas hacían carteles manuscritos. Por otra parte, las operaciones de salvamentos no habrían podido llevarse tan felizmente a término, si no se hubiese encontrado precisamente en el pueblo una estrecha colaboración, amorosamente comprensiva, en una instintiva y segura presciencia de lo bello. En su misión, no nos cansaremos de repetirlo, los intelectuales encontraron siempre un benévolo y pronto concurso en las organizaciones sindicales, en los partidos y en las milicias populares. Así se formó el 5.º Regimiento, que salvó, con verdadero heroísmo, la colección del Duque de Alba, mientras el incendio producido por las bombas rebeldes devastaba el palacio de Liria.

Sólo en Madrid se salvaron más de 10.000 pinturas (entre ellas 50 Goyas, 11 Grecos, algunos de ellos desconocidos, y 13 Zurbaranes), sin contar innumerables tapices y objetos de arte, que fueron puestos guardados en la iglesia de San Francisco el Grande.

Digamos, por último, unas palabras sobre el traslado de las obras maestras de las colecciones públicas. El embalaje, el transporte y la construcción de abrigos plantearon una serie de problemas, cuya solución no tenía que ser improvisada y exigía, sin embargo, rapidez extrema. Casi ningún lienzo fué enrollado.

Fueron embalados, extendidos,

El discurso de Chamberlain y el convoy del Mediterráneo

Puntos concretos del discurso de Neville Chamberlain en la Cámara de los Comunes: seguirá la política de «no intervención» en España, aunque ha sido y es violada de manera lamentable; Inglaterra no sacará la espada para defender la independencia de Checoslovaquia, si bien pudiera ocurrir que si Francia, como consecuencia de una agresión armada de Alemania contra los checoslovacos, declarara la guerra a Alemania, el Gobierno de Londres se viera, mal de su grado, arrastrado a intervenir en ella; continuarán las negociaciones angloitalianas y el Gobierno británico tiene ahora más confianza que nunca en la buena fe y la lealtad de Italia.

El 22 de marzo, el ministro de la Propaganda del Reich, Goebbels, pronunció un discurso en el Sportplatz, de Berlín.

En él, luego de cubrir de injurias a la prensa internacional, a los judíos y a los regímenes democráticos, declaró abierta la campaña electoral para el plebiscito del Gran Reich y añadió:

«El 20 de febrero, nuestro Führer dijo: Diez millones de alemanes viven en las fronteras del Reich y hoy sólo siete millones de ellos han sido libertados. no toleraremos que sean oprimidos». Ahora bien. Hasta hoy sólo siete millones de ellos han sido libertados. ¿Qué de veces, desde el 13 de marzo, no he contemplado el mapa y trazado con lápiz las nuevas fronteras del Reich!

«La Gran Alemania es ya una realidad política y Londres, París, Moscú y Ginebra, no cambiarán nada en el porvenir.

«Un bloque de 75 millones de alemanes apoyará, en lo sucesivo, las reivindicaciones de Berlín.

«Recuerdo que al principio, los pesimistas nos decían: «¡Si hacéis eso, será la guerra!»

«Pues bien. El Führer comenzó por negarse a pagar ni un céntimo de la deuda por reparaciones. ¿Es que hubo guerra? El Führer, a continuación, abandonó la Sociedad de Naciones. ¿Es que hubo guerra?

«Luego restableció nuestra soberanía militar. ¿Es que hubo guerra? Después reocupó la zona desmilitarizada. ¿Es que hubo guerra? Más tarde hizo pedazos el tratado de Versalles. ¿Es que hubo guerra?»

Goebbels podía haber añadido: «Nos hemos anexionado Austria. ¿Es que hubo guerra?»

Haciéndose muchas ilusiones, los periódicos france-

ses dicen que Chamberlain, si bien no ha prometido apoyo a Checoslovaquia, casi de invasión, ha dejado entrever que quizá Inglaterra no la dejaría sola a la hora del peligro; pero la prensa alemana da otra interpretación al discurso del jefe del Gobierno británico: opina que es un permiso concedido por Inglaterra a Alemania para que haga con los infortunados checoslovacos lo que quiera. Verdaderamente, desde el momento en que la Gran Bretaña declara, por boca de su Premier, que no tiene intereses vitales en la Europa central y que las modificaciones que el mapa de ella sufra no la harán adoptar una actitud belicosa, Hitler puede creer, sin forjarse ilusiones, que le dejan en Praga las manos libres.

A las cuarenta y ocho horas de oír los diputados ingleses la pieza oratoria de Neville Chamberlain, nuestros aviones de la vigilancia costera descubrieron, navegando entre Almería y Cartagena, un convoy de seis navíos mercantes. Lo escoltaban un crucero y dos destructores alemanes. Tomaron los nueve navíos la dirección de Mallorca. Del puente del crucero se elevó un aeroplano, que practicó un vuelo de reconocimiento.

¿Seis navíos escoltados por tres buques de guerra alemanes! ¿Qué llevaban a Mallorca? ¿Hombres? ¿Material? ¿Las dos cosas? Procedían indudablemente del Atlántico; es decir, de Hamburgo...

Las Baleares no son únicamente una Casa italiana: son una base alemana también. Mussolini dió a Hitler la bahía bien abrigada de Pollensa. En Pollensa sólo hay marinos y aviadores germánicos. ¿Cuántos miles de soldados alemanes iban en los seis grandes vapores apercebidos por nuestra aviación cerca del cabo de Gata? ¿Y a qué se les destina? ¿A guarnecer las Baleares, para el caso de una guerra en el Mediterráneo? ¿A formar parte de un ejército de desembarco que una su acción por el litoral a la ofensiva que el franquismo realiza en Aragón actualmente?

Se pelea al norte de la provincia de Huesca, y los franceses de la frontera de Canfranc oyen los estampidos de los cañones de Franco.

Pero esos cañones no son de Franco, sino teórica y nominalmente: son cañones fabricados por Krupp y que disparan artilleros de Alemania...

Verdaderamente, el discurso de Neville Chamberlain, se presta a la meditación, y a otras cosas.

tendrá, para reconfortarse mientras cura sus heridas, la satisfacción de decirse que su patrimonio intelectual y artístico ha permanecido vivo y fecundo casi en su totalidad. Los pueblos son como los hombres: se curan más rápidamente si los mantiene el espíritu.

L. CH.

(«Marianne», 16-III-1938.)

NOTA INTERNACIONAL

Sobre el «éxito» de las negociaciones angloitalianas

La arrogante declaración del conde Ciano diciendo que si interviniera a favor de la República española alguna potencia democrática, Italia intensificaría su acción bélica en España, es una respuesta adecuada a los que se hacen ilusiones sobre la «buena voluntad» de Mussolini. Es decir, que el fascismo pretende imponer la exclusividad de su intervención, aunque sea con merma de los intereses de una nación como Francia, que ve amenazadas sus vías de comunicación y sus puntos estratégicos de defensa.

El yerno de Mussolini debe saber, sin embargo, que la República española no exige ni desea la intervención militar de ningún Estado extranjero; lo que pide es que cese la que realizan impunemente los dos fascismos bajo la máscara de la «no intervención», y que se restituya al Gobierno legítimo el derecho a proveer del material que necesita para dominar el alzamiento: ni más ni menos. Convendría, sin embargo, que la diplomacia francoinglesa pun-

tualizara lo que Ciano entiende por «intervención de las potencias democráticas». Porque si el hecho de suministrar armamento a la República, con arreglo a las normas del Derecho Internacional, lo considera un acto de injerencia extranjera en nuestra guerra y, en cambio, no estima que lo sea el envío de ejércitos regulares como los que tienen en España Italia y Alemania, realmente el ministro romano es un campeón de la paradoja diplomática. Sostener semejante teoría es un rasgo de provocación, al cual tendrían que responder las naciones desafiadas. Paul Boncour, en su informe ante la Comisión senatorial, ha reconocido que el derecho del Estado español a recibir material de guerra es indiscutible; pero, al mismo tiempo, ha subordinado ese derecho al hecho de la «no intervención»... que no cuenta en absoluto para Hitler y Mussolini.

Hay sobrados elementos de juicio para demostrar que los patronos de Franco no cambian de actitud; al

contrario, utilizan la amenaza para intimidar a las democracias. ¿Cómo es posible, pues, que sir Neville Chamberlain acepte como buenas tales razones y confíe al primitivo plan británico del Comité de Londres la resolución de un problema que el fascismo se esfuerza en hacer irresoluble? Hace meses era posible que la retirada de «voluntarios» hubiese atenuado la intervención italoalemana. Después de los refuerzos extra-

El «SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN» se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Nota del Ministerio de Defensa Nacional

«Un hidro faccioso bombardeó esta mañana, a las cuatro, Vinaroz, y otros dos, minutos después, Sagunto. En Vinaroz hubo algunas víctimas.

A las 10,20—según comunican de Tarragona—, cuatro aparatos bombardearon Rosell, quedando dicho pequeño pueblo totalmente destruido, sin que pueda precisarse, de momento, el número de víctimas.

Barcelona, 28-III-1938.»

ordinarios que han llegado a territorio faccioso, de la enorme cantidad de soldados, técnicos y material acumulados allí con el propósito firme de decidir la guerra, volver sobre la retirada de una pequeña cifra de «voluntarios», cuando es enorme el volumen de los ejércitos que allí combaten contra el Estado español, es una ignominia y un ataque flagrante al buen sentido. Según las agencias, el Comité de Londres, después del sopor sepulcral de algunas semanas, vuelve a la vida para discutir de nuevo si han de salir de España dos mil o tres mil italianos, con la contrapartida correspondiente de la beligerancia a Franco. ¿Ha de ser ése el desenlace de todas esas laboriosas negociaciones, que promueven en Inglaterra una crisis y levantan en vilo a la opinión inglesa? Es natural que el Partido Laborista considere que una política de ese carácter no hace más que apresurar el desprestigio del Imperio y bordear los abismos de la guerra.

Porque si en la cuestión de España se aprecian esos resultados, siendo el punto neurálgico de la situación internacional, en las restantes no habrá logrado Chamberlain éxitos mayores. Si se conforma con que la Radio facciosa de Bari no siga inquietando a los ingleses y los hebreos de Palestina, es muy posible que Mussolini juzgue discreto llegar a un acuerdo. Pero no habrá tal éxito en las negociaciones: lo que habrá será una nueva serie de concesiones al eje Roma-Berlín y un descenso del crédito internacional de Inglaterra, que a los ojos de las pequeñas naciones perderá su prestigio histórico y fortalecerá la posición de sus adversarios naturales.

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

DOMINGO, 14 DE MARZO

Vuelvo a no dormir. Me levanté a eso de la una y me asomé al patio. Ya no llovía; las estrellas se reflejaban en los negros charcos. Todo estaba tan quieto, que oía el croar de unas ranas, fuera probablemente. Esto me daba la ilusión de estar en pleno campo.

Hubo misa de nuevo, pero esta vez sin sermón. Las noticias del frente deben de ser desfavorables y la inspiración divina se habrá ausentado. Me pregunto qué es lo que ocurre por el mundo. A veces pienso que debe de haber estallado la guerra mundial.

Mis calcetines están deshechos.

Al mediodía un nuevo carcelero; un *bull-dog* con facciones carnosas y brutales. Se parece a Charles Laughton en el capitán Bligh de «Rebelión a bordo».

Le hice señas al bibliotecario. Como si nada.

Por la tarde fui trasladado de pronto a la próxima celda. Número 40. No me han dicho por qué. Todo es igual; sólo la vista del patio cambia un poco. Me siento extraño y a disgusto en mi nuevo domicilio. Mi amiga, la gata, araña la pared.

LUNES, 15 DE MARZO

Por la mañana vino el bibliotecario. Trajo «Las aventuras de David Balfour», de Stevenson, y cinco hojas de papel. Le pedí que me prestara una peseta, pero me dijo que no tenía un céntimo. Me dió un cigarrillo—el primero desde hace días—. Primero me emborraché, y luego me mareé.

Al mediodía se olvidaron de traerme la comida quizás por el cambio de celda. Aporreé la puerta hasta que me dolieron los puños; por fin a las cuatro, conseguí una escudilla de judías; pero no me la sirvieron del perol: la trajeron directamente. Sospeché que la habían sacado de las sobras, pero la comí de todos modos.

Ahora el *bull-dog* está siempre de guardián. Esto es muy deprimente. Antes los carceleros me decían dos o tres palabras a la hora de comer: «come Arturito y engorda» o algo parecido y con esto me animaban para dos o tres horas. El humor del día o de toda la noche depende del tono de voz de Angelito o del carcelero al entrarme la comida. Las ondas amigas o enemigas me hacen reaccionar como a un sismógrafo. El *bull-dog* me deprime terriblemente.

A pesar de todo, mi amor propio no podía remediar el ver en los carceleros a unos seres superiores. El hecho de sentirse asilado actúa como un veneno lento transformando el carácter. Esto es más bien un proceso natural inevitable. Cuando escribía mi novela sobre los gladiadores, me preguntaba por qué los esclavos romanos, tres veces más numerosos que los hombres libres, no avasallaban a sus amos. Ahora empiezo a comprender la verdadera mentalidad del esclavo. Quisiera que los que hablan de la psicología de las masas pasaran un año en presidio.

Nunca he creído que una dictadura, una persona aislada o una minoría hayan podido mantener su poder sólo con la fuerza. Pero ignoraba la existencia de esas fuerzas atávicas que paralizan a la mayoría.

No sabía que pronto se aprende a considerar a ciertos seres privilegiados como pertenecientes a una más alta especie biológica y a aceptar sus privilegios como dones naturales.

Don Ramón tiene la llave y yo estoy en la jaula. Don Ramón y yo encontramos natural este estado de cosas y no se nos ocurre considerarlo como una anomalía. Si un chiflado agitador viniera a predicarnos que todos los hombres son iguales, nos reiríamos los dos: Don Ramón con todas sus ganas y yo a medias, es verdad; pero me reiría de todos modos.

MARTES, 16 DE MARZO

Ha transcurrido otra semana. Cinco semanas ya, desde que me detuvieron, y cuatro, desde que me visitó oficialmente la chica de Hearst.

Si Franco hubiera conmutado mi sentencia, a estas fechas me lo habrían dicho.

Pero en el caso de negarse a ello, dudo que me lo comunicaran. Entonces, ¿no se sabe hasta última hora la confirmación de la propia sentencia?

Lo cierto es que no me anunciaron la decisión del Consejo de guerra de Málaga. Recuerdo otros precedentes. Por ejemplo, Hoffman, el asesino del niño de Lindbergh, sólo supo que habían rechazado su petición de indulto, veinticuatro horas antes de sentarse en la silla eléctrica. Ignoro lo que es mejor: supongo que el no saber nada hasta último momento.

Lo más horrible sería que no me informaran de nada, y seguir meses o años en esta incertidumbre.

Mi espíritu ha seguido el curso de estos pensamientos, con todas sus variaciones, durante una semana. Me choca no estar aún más deprimido. Si salgo de aquí, todo el mundo me tenderá la mano diciendo: «¡Qué horrible debe haber sido!» Y yo reflexionaré para mis adentros, sabiendo que, después de todo, no fué tan terrible como imaginan. Es curiosa la elasticidad que tienen los límites de lo soportable.

Durante los primeros días contaba los botones de mi camisa: conmutación, fusilamiento; conmutación, fusilamiento. Dejé de hacer lo porque me aterraba que la cuenta resultase desfavorable.

Lo peor es que nunca logra uno convencerse que se trata de la realidad y no de un oscuro juego. ¿Quién cree de veras en su propia muerte? Recuerdo a sir Peter advirtiéndome que desinfectara la aguja antes de suicidarme, para evitar los abscesos. Debe de tratarse de una proporción matemática: nuestra falta de fe en la muerte aumenta a medida que ésta se aproxima.

No creo que desde el principio del mundo haya muerto un solo ser conscientemente.

Cuando Sócrates, sentado entre sus discípulos, cogió el vaso de cicuta, debía estar convencido de que estaba «luciéndose». Se sentía seguramente un poco absurdo, asombrándose que sus discípulos lo tomaran tan en serio. Sabía teóricamente que la consecuencia de apurar el vaso sería fatal; pero debió de tener la sensación de que aquello era distinto de lo que sus perversos y adustos admiradores suponían: que detrás de todo había una trampa de la que él solo tenía el secreto.

Todo el mundo sabe que ha de morir; pero una cosa es saberlo y otra creerlo.

Si no fuera así, ¿cómo podría sentir, al escribir esto, que es una discusión teórica que no tiene nada que ver conmigo?

Claro que todos los días se hace un cortocircuito en mi conciencia, y durante unos minutos concibo la realidad a plena luz, como iluminada por una explosión psíquica.

Entonces ningún pensamiento, ninguna píldora sirven. Sólo queda el miedo desnudo.

Pero pasa, todo pasa; incluso el minuto en que se está frente al pelotón de fuego y la metralla se abre camino en nuestra boca, nuestros ojos y nuestras narices. Luego todo queda tras uno.

¿Para qué agitarse, si todo pasa?

Hasta ahora pude dominarme y no escribir sobre esto. No debo volver a hacerlo: me excito demasiado.

¡Si pudiera arreglármelas para introducir aquel gatito en mi celda!...

MIÉRCOLES, 17 DE MARZO

He gastado en dos días casi todo el papel. Desde ahora, escribiré lo que no tenga relación con mi diario—matemáticas y cosas por el estilo—en los azulejos, bajo mi lavabo; puedo borrarlas después.

Gran acontecimiento, por la tarde. Me llevaron a tomar una ducha. El cuarto de baño de la cárcel está puesto a todo lujo. A más de las duchas y bañeras, hay una piscina. Claro está que ahora nada funciona: la piscina está vacía y sucia; los grifos no marchan; sólo dos duchas frías funcionan bien; pero es delicioso sentirse otra vez limpio. Feliz hallazgo en la piscina: un pedazo de jabón usado.

Caballero está aún aquí. Las celdas 41 y 43 están vacías; pero en la 42 hay un nuevo nombre español.

JUEVES, 18 DE MARZO

Los tres nuevos del patio están ya sin barbas, afeitados y curtidos por el sol. Me alegra ver a un muchacho rubio y alto, al que había echado de menos en el patio estos días. Temí...

Terminé Stevenson. Lo he disfrutado enormemente. Es asombroso lo bien que se traducen al español los autores ingleses. Ahora la complicación de hacerle señas al bibliotecario vuelve a empezar...

VIERNES, 19 DE MARZO

Esta mañana temprano pedí que me afeitaran; pero me han dicho que es fiesta: quizás sea Viernes Santo. Llegará Pascua y apenas me daré cuenta de ello.

Hubo misa esta mañana y sopa de pescado al mediodía. Ahora nos dan sopa de pescado todos los viernes, y a veces hay un pedacito de carne entre las judías y las patatas. Al mediodía vino el bibliotecario y de pronto se puso a hablar francés con acento parisino. Me quedé asombrado, ya que no habla el español con acento extranjero. Me prometió un libro para mañana, aconsejándome «ne pas se faire de mauvais sang». Preferiría que me prestara una peseta. Más tarde entró en mi celda un nuevo carcelero; no sé qué quería: se rió amablemente y se fué. Luego apareció el nuevo jefe de servicio: uniforme de falangista, frío y afectado. Le pregunté si podría hacer algo respecto a mi dinero. Me prometió ocuparse de ello mañana.

SABADO, 20 DE MARZO

Angel me trajo un libro por encargo del bibliotecario: «Las cerezas del cementerio», de Gabriel Miró; literatura floja, sentimental. Desde la ventana vi dos cazas haciendo el *looping* en el aire azul, como jóvenes delfines; símbolo exacto de la libertad. Me pregunto a veces cómo encontraría al mundo si estuviera aquí encerrado diez años sin noticias ni periódicos. Hice un rápido inventario de los cambios sobrevenidos entre el año veintisiete y el treinta y nueve: muchos menos de los que uno se imagina.

Por la tarde, vi por la mirilla a dos mujeres enlutadas que cruzaron el pasillo: alguna misión benéfica. Una de ellas tenía las facciones de un Velázquez, finamente modeladas; su vista era agradable y reconfortante. Es absurdo lo lejos que se está aquí de media humanidad.

Ya de noche, oí que llegaban nuevos prisioneros: uno de ellos lloraba; pero no me atreví a mirar.

DOMINGO, 21 DE MARZO

Lluvia todo el día. El patio es un puro charco. Alguien pronunció un discurso antes de misa, pero no logré entenderlo. Leí y soñé. Me hundo más y más en mis sueños diurnos; me pierdo durante tres o cuatro horas paseando arriba y abajo en una especie de alucinación.

Por la tarde, volvió a pararse mi reloj. Me llevé un gran susto; pero hurgué en la máquina y conseguí arreglarlo.

LUNES, 22 DE MARZO

Por la noche, se hundió mi cama. Me encontré en el suelo y suñé que me estaban fusilando. Esto confirma el curioso fenómeno de que en la fracción de un segundo entre el golpe y el despertar hay tiempo para construir, *post factum*, toda una historia.

El sonido del golpe no es admitido por la conciencia hasta que la historia se ha improvisado. El golpe tiene que esperar en el umbral.

Recordé a mi amigo A. N., cuando lo estaban psicoanalizando. Me hacía el efecto de un caballo herido que se arrastra por la plaza de toros con las tripas al aire. Espectáculo muy poco grato.

No pude volver a dormir. Comparé a los psiquiatras con los que limpian las alcantarillas; el penetrante olor de su profesión se adhiere hasta en su vida privada. En sus ojos hay siempre una expresión de alcantarilleros espirituales.

Observo que la soledad me hace cada día peor pensado, sentimental y malévolo.

Al mediodía, le sonsequé a Angel tres cigarrillos. Procuraré fumar sólo uno al día.

Aviones de nuevo: «Heinkels» y «Capronis», con cruces blancas en las alas; había siete.

Por la tarde, vino el barbero; me afeitó con maquinilla. Le pregunté por qué; contestó que el afeitado de navaja es de pago.

MARTES, 23 DE MARZO

Me quedan dos cigarrillos, pero no tengo cerillas. Angel tampoco tenía esta mañana. Me las prometió para el mediodía. Sólo me queda una hoja de papel.

MIÉRCOLES, 24 DE MARZO

Fumé a las doce el último cigarrillo. Me vuelve la obsesión de contar los botones. Cuando paseo, procuro pisar siempre en medio de las losas. Si después de ir y venir cinco veces, no he pisado la raya, me conmutarán la pena de muerte. He tenido antes estas manías, pero siempre lograba dominarlas: hoy me he dejado ir por primera vez.

Hace seis semanas que me arrestaron.

JUEVES, 25 DE MARZO

Me dieron el libro de Maistre por segunda vez. ¡Así es que lo he leído por cuarta! Bonita frase: «Langue distributeur des pensées».

Al mediodía, me sorprendió el carcelero con la noticia de que mi dinero llegará esta tarde. Me anticipó dos pitillos.

Esperé febrilmente toda la tarde repitiéndome que debía de ser una equivocación; por superstición creía que, si me convencía de ello, todo marcharía bien. Le pregunté al carcelero; se echó a reír. Dijo que me había confundido con otro prisionero inglés que ya recibió su dinero...

Resulta que el otro inglés es el *dandy* que hizo de intérprete durante la visita del Gobernador. Es un comerciante de Gibraltar—español nacionalizado inglés—que está aquí por contrabando de dinero. Pregunté qué pintaba con los presos políticos. El carcelero me dijo que, en tiempo de guerra, estas manipulaciones son un delito político.

VIERNES, 26 DE MARZO

Día gris: nervios, dolor de estómago y melancolía.

Al mediodía, oí hablar alemán en el patio. No podía creerlo. Un muchacho grueso, rubio y coloradote, vestido con un mono azul, estaba en la línea «tabú», opuesta a mi ventana, hablando cautelosamente con la celda 37.

Luego se paseó arriba y abajo, diciendo frases en alemán al llegar al 37. Quería escribir a su cónsul, pero no le daban papel. Dijo que estaba en una celda con otros seis piojosos españoles. No había más que «rojos» y era preciso tener cuidado.

No pude coger las respuestas del 37. Deduje sólo que se llamaba Carlos, hablaba alemán y era un viejo amigo del muchacho rubio.

¿Qué significaba todo eso?

SABADO, 27 DE MARZO

He tirado mis calcetines; ya no sirven para nada. Mi camisa y mis calzoncillos están hechos trizas. Mi traje, que también me sirve de pijama, parece un disfraz de pordiosero.

Al mediodía, le propuse al carcelero venderle mi reloj por cien pitillos. No quiso. Una hora más tarde, suceso sensacional—la vida es un torpe *metteur en scène*—, recibí la primera carta de D. y cien pesetas.

Medio enloquecí de emoción. Abracé a Angelito ante el carcelero y el secretario, que me trajo la carta. Angelito sonreía con su cara de vieja arrugada, mostrándose extraordinariamente amable y servicial. Me dió diez cigarrillos, con vistas a las futuras propinas, y se marcharon todos.

La carta es del 8 de marzo; ha tardado veinte días.

Sólo constan de cinco o seis frases optimistas, visiblemente amañadas pensando en el censor. Llegó de un modo misterioso al consulado de Málaga, que lo transmitió a las autoridades.

(Continuación.)

Los rebeldes españoles contra la civilización

Por J. PUIG PUJADES, diputado a Cortes

Durante cincuenta años, la restauración monárquica no supo ni quiso sacar al pueblo español de la ignorancia en que vivía.

Si fuese necesario, hallaríamos la prueba de este aserto en el considerable número de analfabetos registrado cuando se procedió al reclutamiento militar, en la condición miserable a que estaban reducidos los maestros de escuela, en el desprecio con que se los trataba—¿no fué consagrado por la caricatura su aspecto famélico?—y en el estado deplorable en que la Monarquía dejó los locales destinados a la enseñanza.

En realidad, no se trataba de una negligencia censurable, sino del plan preconcebido de que la cultura española fuese patrimonio de un pequeño grupo de privilegiados.

Se evitaba que la instrucción penetrara en las masas profundas del pueblo, para someterlas mejor a la oligarquía militar, al clero y al capitalismo.

¡Esclavitud moral mucho más insoportable que la esclavitud material de las cadenas, que, con la fuerza pueden romperse!

Nadie había enseñado al pueblo español el amor y el respeto a las obras de arte, y menos aún, los goces que proporcionan a todo espíritu cultivado, sensible a su seducción.

Nadie había enseñado al pueblo el sentido social y el valor estético de las iglesias y monumentos.

Si se reunía a las gentes del pueblo en el templo, era para inculcarles una fe ciega, no para despertar las conciencias y desarrollar la razón.

La clase popular, pobre e ignorante, escuchaba la voz de sus aliados, de sus amos, para quienes la religión no era otra cosa que la justificación del poder real, la explicación de la desigualdad de las clases y la promesa de una recompensa celeste al más sumiso y al más obediente.

De la instrucción que así se daba en las iglesias, puede uno formarse idea sólo por el espectáculo que ofrecía la decoración de los monumentos, mezcla indestructible de obras de arte magníficas y de baratijas de un gusto más que dudoso. Todo era venerado con el mismo fervor, sin ningún discernimiento: con el mismo grado de admiración se contemplaba el retablo gótico del siglo XV, de Bernard Martorell, y el «sancti-de-guixi», procedente de algún taller de Olot, pequeña ciudad española especializada en la fabricación en serie de imágenes religiosas.

No es necesario hablar de la decadencia a que llegaron las artes decorativas en los conventos y en las iglesias, donde los efectos de luz recordaban las revistas de «music-hall». ¿No he visto yo, en mi pequeña ciudad, imágenes animadas, propias para producir turbación en el espíritu de los pequeños escolares, vivamente admiradas por los mojigatos de nuestro país?

Se dejaba al pueblo sin instrucción ni cultura, y las clases dirigentes no hacían nada por estimular las iniciativas de algunos círculos obreros, pues eran los trabajadores los que, con la mirada puesta en el porvenir, laboraban por la colaboración entre los manuales y los intelectuales.

Sin embargo, estos esfuerzos,

en los que se unían la acción y la inteligencia, permitieron a muchos espíritus iniciarse en el espectáculo de la belleza y tener acceso a la verdad.

Fué entonces cuando algunos aristócratas se echaron a la calle, sembrando el desorden en nombre del orden. ¿Suponían, acaso, que con ello rompían los delgados hilos que sostenían su privilegio de casta?

Rotos estos hilos, desaparecido todo temor, se desencadenaron los instintos de una masa sin cultura ni educación, que no sentía respeto por las cosas ni por su belleza o su valor histórico.

Tal fué el resultado de una política de incuria, de ignorancia, de embrutecimiento, en la cual se quiso mantener al pueblo español.

¿Quién tiene la culpa de que se hayan cometido actos de barbarie, de que se hayan destruido obras de arte de positivo valor?

¿La Monarquía, que no creó ni escuelas ni colegios, que no se cuidó de educar las conciencias y no se preocupó de hacer que naciera el pensamiento y la reflexión?

¿O la República, que, hasta la revolución, abrió 27.000 escuelas?

¿O la revolución, que, a pesar de sus inquietudes y adversidades, siguió el camino emprendido?

¿No se dedica, aun en los momentos actuales, un crédito de cuatro millones de pesetas a la enseñanza pública?

Una vez derribada la barrera, no por las impaciencias del pueblo, sino por culpa de aquellos que quisieron agitar las aguas turbulentas, ¿hay que extrañarse de que el torrente fangoso ha-

ya profanado un pasado que no era limpio?

¿Que los agentes del desorden se quejen de que han roto cristales, es el colmo de la inconsciencia!

Que el pueblo ignorante, en un momento de legítima indignación, haya destruido un monumento cuyo carácter artístico ignoraba, se explica no sólo por los atentados contra la libertad de conciencia, sino también porque sus muros servían demasiado a menudo de tróneas para nidos de ametralladoras, enfiladas contra las manifestaciones populares.

¿Lo que es inexplicable, lo que hace enrojecer de vergüenza, es pensar que los rebeldes, que pretenden gobernar, que reivindican la cultura de la clase dirigente, ordenen fríamente el bombardeo de iglesias, museos y escuelas!

¿No expresaron, el primero de febrero, su sentimiento porque «el cielo estuviera nublado e impidiese el bombardeo del monasterio de Montserrat», donde se reunieron las Cortes, representación soberana y legítima del pueblo español?

Finalmente, nos preguntamos si es una prueba de civilización, si es una garantía de buena administración ordenar el bombardeo e incendio de la Escuela marítima de Calafell, y de escuelas, guarderías y monasterios que, como el de Montserrat, consagran la huella del genio catalán.

Sobre todo, cuando este vandalismo se ejecuta con plena conciencia, sin pasión ni ceguera, con el solo propósito de destruir.

(«Lyon Republicain», 20 de marzo de 1938.)

Unidades regulares, jefes y oficiales del ejército italiano en la ofensiva de Aragón

Y el «generalísimo» felón condecora a los extranjeros con la «Laureada de San Fernando»

Por si fueran pocas las pruebas que nos abrumaban sobre la ingerencia italo-alemana en la guerra de España, llega a nuestras manos el diario oficioso italiano «Corriere della Sera» de fecha 14 del actual, en el que un enviado especial a los frentes de Aragón—redactor propio que sigue a columnas «legionarias»—firma una crónica con las

impresiones de la jornada.

Y entre otras cosas, desde Oliete, dice lo siguiente: «El Cuerpo de legionarios italianos situado desde hace dos días en el Río Martín, ha lanzado hoy su división «Fiamme Nere» (Llamas Negras) de la «XXIII Marzo» hacia el Este, sobre la carretera de Andorra».

Más tarde dice: «A las 16 horas

“Nueve kilómetros de tapices”, salvados

La obra restauradora del Gobierno de la República

En las Torres de Serranos, de Valencia, vieja fortaleza gótica del siglo XV, se encuentran a salvo de bombardeos aéreos y marítimos, y de los riesgos de la humedad, del polvo, de la polilla y de la intemperie, la formidable cantidad de «nueve kilómetros de tapices», que antes se hallaban en los palacios de Madrid y del Pardo.

Estas torres están construidas con piedra de sillería, con muros de un espesor extraordinario (3 metros) y con bóvedas interiores, que tienen, en la clave, un metro de espesor. Las bases de los arcos tienen de 6 a 8 metros. La piedra está cimentada en talud, y el talud, rodeado de un foso de 5 metros de profundidad por 6 de anchura. El total del edificio mide 30 metros de altura.

Las defensas naturales a la construcción solidísima de las Torres de Serranos, han sido reforzadas hasta con dobles muros y bóvedas de cemento armado, sacos terrosos, rellenos de tierra, y puertas blindadas de hierro, y otras, aislantes, de uraltia.

Después de este formidable trabajo de protección, las tapicerías y restantes obras de arte que se guardan en las Torres de Serranos, han sido también rodeadas de medidas de protección extraordinaria.

Los tapices se han limpiado muchas veces, empleando sólo aspiradores; se han colocado en dichas Torres, en posición horizontal y estirados, colocando entre ellos lienzos, preparados con substancias insecticidas, y protegiéndolos convenientemente contra la humedad del suelo y paredes de la cámara de refugio.

Con las piezas más pequeñas se ha seguido un procedimiento diferente, colocándolas en cajas cerradas, con pocos dobleces. También se han limpiado por medio de aspiradores, y esta limpieza se repite periódicamente, para lo cual se ha adiestrado en la técnica de esta clase de trabajos a un grupo de obreros.

Entre los tapices salvados de este modo, están la célebre serie de los «Paños de oro», lo más selecto que se produjo en los telares brabantinos a fines del siglo XV y que fué regalo del emperador Maximiliano de Austria para las bodas de su hijo don Felipe con doña Juana la Loca. Estos tapices decoraron después las estancias de doña Juana la Loca en Tordesillas y las de Carlos V en su retiro de Yuste. Están, asimismo, los de la «Vida de la Virgen», con alusiones a la creación de la orden del Toisón de Oro; los de la «Historia de San Juan» y de «David»; la serie espléndida de «Los Horrores» o «El Apocalipsis»; los de «Túnez», con las hazañas de Carlos V; los de «Hechos de los Apóstoles», sobre cartones de Rafael, y la serie mejor conservada de las hechas sobre estos cartones, las tres piezas magníficas del dosel de Carlos V; los de la «Historia de Roma», de Van Orley; los tejidos sobre tablas del Barco, por orden de Felipe II; los de Pastrana, cuya restauración fué interrumpida por las actuales circunstancias; las del Monasterio de las Descalzas, de Madrid, sobre cartones de Rubens, por encargo de Isabel Clara Eugenia.

La obra integramente española está bien guardada, como el famoso «Abalón», joya de la tapicería madrileña, sobre un cartón de Corrado Giacchino, copia de un cuadro de Jordán; las piezas del dormitorio de Carlos III, en número de sesenta y tres; las tejidas sobre cartones de Goya, Bayeu, Castillo y demás pintores que siguieron a Goya a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

A estas obras han venido a sumarse otras piezas, entre las que figura la colección de la Catedral de Cuenca.

Los tapices reunidos y protegidos alcanzan, en total, la suma de 2.167 piezas, las cuales representan indiscutiblemente, la colección más rica del mundo en este género de obras.

las vanguardias de la «Fiamme Nere» de la «XXIII Marzo» se hallaban en la inmediata proximidad de Calanda. Así, con el avance realizado por el Cuerpo marroquí de Yagüe, la columna de caballería Monasterio y la «División de Navarra» se aumenta la ventaja conseguida por el Cuerpo del general Berti».

Agrega, además: «Esta semana, el Cuerpo legionario, dejando a la

División Frece — esta espléndida División, en la cual se han fundido dos Divisiones legionarias porque las vicisitudes de la guerra habían reducido los efectivos — ha marchado con dirección perfecta.»

«La aviación legionaria se hallaba en la vanguardia. La infantería con los carros de asalto y los tanques se hallaban delante. Estos hombres de la agrupación rápida del coronel Babbini son maravillosos. Han perdido estos días en Múñesa al valiente capitán Paladini, combatiente terrible.»

Termina la crónica elogiando a los italianos caídos y a este respecto dice: «El cabo mayor Zanardi ha sido propuesto para la Medalla al Valor Militar». Añadiendo finalmente:

«En Daroca, en el Hospitalillo de la Cruz Roja italiana, donde Paladini ha expirado, se han celebrado hoy los funerales. El general Dávila, por orden del «Generalísimo», ha prendido en la guerrera del héroe «la Cruz Laureada de San Fernando», la más alta y estimada condecoración al valor español, supremo homenaje de España.»

La S. S. dirige un “gran ataque” al catolicismo en Austria

La respuesta a la promesa de fidelidad del cardenal Innitzer

Viena, 21 marzo. — El número 1 de la edición austriaca del «Schwarzen Korps» muy repartido por todo el país, confirma que en Austria, frente a los nuevos despotas, no se han tenido en cuenta los sentimientos de la población católica en lo que concierne a los métodos de la lucha por la cultura. En el citado número se ataca insistentemente a la Iglesia cristiana y al clero católico. La advertencia hecha por el órgano de la S.S. al cardenal vienés Innitzer de que, en lo futuro, todo intento del clero católico para tener influencia en la política, «será considerado como criminal (!)», es muy significativa toda vez que el cardenal Innitzer dió cuenta de una entrevista celebrada con Hitler para rendirle homenaje y «aseguraba la incondicional adhesión de los católicos austriacos». El cardenal Innitzer dió a los ca-

tólicos de Austria con incomprensible optimismo: «Las palabras que me ha dirigido el fúhrer, garantizan (?) que se cumplirán los deberes con la Iglesia».

El valor de estas garantías lo comprobará el cardenal Innitzer al leer el «Schwarzen Korps», que como saludo no se le ocurre otra cosa que atacar violentamente a la Iglesia católica. Además el puesto de venta del periódico está a la entrada de la catedral de San Esteban, lo cual ha ocasionado gran alboroto entre los que acuden a la Iglesia. Y por si era poco, los vendedores del «Schwarzen Korps» vocean el periódico diciendo que «ha empezado la campaña contra la influencia de los clérigos y la Internacional negra»...

(National Zeitung, 22-3-38)

Este DIARIO se reparte gratuitamente